Señores:

Yo quiero que la voz de América se una en la mía á la vuestra, no tanto para honrar á Núñez de Arce, cuanto á fin de reclamar para mi América el honor de comprender y de amar al poeta con tanta intensidad como vosotros.

El, en tanto, estoy seguro, oirá conmovido esa voz, porque la debe sentir ingenua y penetrante como la mirada de una estrella amiga.

El poeta ha escuchado la aclamación de su patria; que oiga en la mía algo más: que escuche la aclamación que le llega, como un huracán de los cuatro vientos, de todos los extremos de la tierra en que se habla la lengua de Cervantes.

El ha escuchado la voz de su patria: yo soy la voz de su raza.

Señores: en su nombre, saludo á Núñez de Arce. Aclamemos juntos, una vez más, en lengua española, en lengua americana, al que es honra y prez de ese tesoro común que nos vincula.

Señores: al enviado, al mensajero, al que nos ha llegado *de allá*; al que nos ha traído la substancia luminosa y musical que, al habitar nuestra lengua común, le ha impreso la vibración de nuestras almas, la ha calentado con el calor de nuestras entrañas, y ha fundido en ella, en aleación indestructible, el pensar, el sentir, el anhelar de los pueblos todos de la gran familia hispánica.

CONGRESO PEDAGÓGICO

Discurso de clausura pronunciado en el Ateneo de Madrid

(Diario de Sesiones del Congreso — 1893)

SUMARIO: Los debates del Congreso.—El propósito común de difundir la instrucción educadora.—Adhesión á él del Uruguay.—La pedagogía como ciencia y como arte.—Sus relaciones con el hombre y con las naciones.—Unión de España y los estados hispano-americanos para su estudio.—La antigua y la moderna pedagogía.—Sus transformaciones.—Raza latina y familia hispánica.—La independencia americana.—Su carácter.—Después de la lucha.—El valor pagano y el valor cristiano.

Señores congresales:

Aun teniendo que confiar la forma de mi pensamiento al natural desaliño de una deficiente preparación, que contrastará con la brillante elocución de los discursos que aquí habéis pronunciado en el transcurso de vuestras sesiones, no puedo excusar la obligación en que me veo de acceder á la invitación de vuestro esclarecido presidente, señor Labra, que exige mi palabra en este acto.

Y tiene derecho á ello.

Me hicisteis el honor de nombrarme vicepresidente efectivo del congreso pedagógico, y lo acepté solícito; lo acepté, porque no estaba en mi mano rehusarlo; porque sabía que vosotros, pasando por sobre los escasos merecimientos del representante, queríais honrar á la patria americana que él representa, y yo debía recoger, y he recogido con gratitud para ella, y sólo para ella, aquel honor tan señalado.

Esa aceptación me impone ahora la grata obligación de pronunciar algunas palabras en esta solemne sesión de clausura, ya que mi asistencia á las sesiones ordinarias no ha podido ser constante.

Por más que españoles y americanos hubiéramos deseado estar todos en todas partes en las solemnidades de estos días de recuerdos y glorias comunes, la circunstancia de tener que concurrir á varias de ellas, ya personalmente, ya con trabajos científicos ó literarios

que han absorbido mis horas, me ha impedido asistir asiduamente, como era mi deseo, á vuestras interesantes deliberaciones, que mucho me hubieran enseñado. No estoy pues habilitado para referirme á ellas, ni para apreciar debidamente las conclusiones á que habéis llegado.

Por otra parte, en las graves cuestiones que se han debatido en este congreso, opiniones y propósitos opuestos se han disputado bizarramente el triunfo; desde la enseñanza primaria, hasta la técnica y superior, vosotros habéis oído desarrollar elocuentemente en esta tribuna doctrinas antagónicas apasionadamente sostenidas; y las que en definitiva han triunfado, no han conseguido siempre la victoria con el sufragio unánime del congreso. No me corresponde, pues, en este momento, referirme á ellas; no puede ser mi objeto actual el de agregar á las vuestras mi opinión personal, terciando en vuestros debates generosamente apasionados.

Pero en lo que sí puedo y debo suponer unanimidad en el Congreso Pedagógico Ibero-Americano, es en el alto propósito de difundir la instrucción educadora en todos los pueblos de la gran familia aquí representados; en el de propender, por los medios más eficaces, indicados por la ciencia y la experiencia, al desenvolvimiento armónico de todas las facultades humanas, comenzando por hacer del niño un hombre completo, capaz de realizar toda la perfección de que sea susceptible su naturaleza, en orden á su misión en la tierra; en el de mejorar, en una palabra, por medio de la educación, el estado intelectual y moral, y hasta el organismo físico, (mens sana in corpore sano) de toda la familia ibérica, considerada como una pluralidad de personas colectivas, homogéneas y solidarias.

Todos estamos convencidos, señores, de que no basta, para realizar el progreso en una sociedad, el dotar á ésta de algunos hombres sabios: es preciso levantar el nivel general de esa sociedad. La antigüedad pagana tuvo grandes pensadores, y, sin embargo, la civilización antigua fué bárbara, se devoró á sí misma. Es que faltaba el principio cristiano de la igualdad de los hombres; faltaba esa solidariedad social á que antes me he referido, y que, en lengua cristiana, se llama caridad, anhelo de hacer partícipes á todos de nuestro progreso, de nuestra luz. Que no quede una alma sola, si es posible, sentada en las tinieblas de la ignorancia; ese es el ideal; y eso sólo se conseguirá haciendo desaparecer la obscuridad del ambiente social.

La civilización antigua, dice Renán, no desapareció por falta de intensidad, sino por falta de extensión. Creo que tiene razón, materialmente hablando.

Ahora bien, señores: en ese propósito nobilísimo, cordialmente y sin reticencias puede y debe acompañaros el representante de una república americana que, como sus hermanas, y como vosotros, trabaja y trabajará sin cesar por difundir en su propio seno la instrucción educadora; que busca los medios más adecuados para conseguirlo; que estudia procedimientos, abre amplio campo á la

libertad y á la concurrencia de métodos, para reconocer el triunfo á aquel que por sus resultados demuestre su mayor eficacia y perfección; que estimula y corona la iniciativa y el esfuerzo privados en pró de la educación, esfuerzo compatible con el oficial y aún complementario de él; y que, como el ave simbólica, se desgarra á veces sus propias entrañas para alimentar con su sangre sus escuelas, que considera como las hijas predilectas de su corazón, pues en ellas concentra su anhelos, y cifra sus esperanzas de un honroso porvenir.

Efectivamente, señores: el Uruguay mi patria es hoy quizá, entre las repúblicas hispano-americanas, la que más difundida tiene la instrucción pública y la privada en el pueblo; la que más efuerzos y sacrificios ha hecho y hace por colocarla á la mayor altura de prosperidad y de progreso.

Su representante no puede, pues, ser indiferente á una asamblea en que se reunen los hombres de ciencia y de experiencia á tratar de esos asuntos; está obligado á mirarla con especial predilección, y trasmitirá á su país las conclusiones de este congreso con el mayor interés.

Porque nadie, mejor que españoles y americanos, pudiera y debiera reunirse para deliberar sobre los medios más adecuados de hacer fecundo su esfuerzo en pro de la instrucción y de la educación del pueblo.

Esos medios deben adaptarse á las condiciones especiales del hombre á quien deben aplicarse: á sus tradiciones, á sus creencias, á sus costumbres, á su carácter. Recurso pedagógico habrá, que, produciendo magníficos frutos morales é intelectuales en un pueblo, pueda llegar á ser de nulos y hasta de funestos resultados en otro, cuyo carácter y costumbres difieran radicalmente de los de aquél. Sistema de enseñanza puede haber, que, con ser benéfico y eficaz en una nación, no tendrá esas cualidades en otro. Ley de instrucción pública podría encontrarse, que, siendo un estímulo y una simiente de progresos en un país, se convierta en otro en una rémora injusta y odiosa, capaz de alimentar un monopolio irracional, á expensas de muchos gérmenes de adelanto sacrificados.

Entre los pueblos americanos y la que aún hoy llaman éstos con cariño su madre patria española, existen analogías de creencias, de tradiciones y de carácter, que hacen aplicables á todos ellos, con pequeñas variantes, las deliberaciones y conclusiones de un congreso como el que me cabe la honra de clausurar; en éste se han reflejado las tendencias contradictorias de todos y cada uno de aquellos pueblos, por el hecho de haberse reflejado las españolas; las cuestiones aquí debatidas son, en cada uno de ellos, objeto de acalorados debates: vuestras pasiones, señores, son las nuestras, nuestras vuestras cualidades, y ¿por qué no decirlo? también nuestros vuestros defectos.

Ahora bien, señores: la pedagogía, elevada hoy á la categoría de ciencia, debe tener muy en cuenta, en sus aplicaciones prácticas, ese estudio del hombre, del medio en que éste se desarrolla, de

las influencias históricas, sociológicas, y hasta étnicas y fisiológicas, si queréis, que determinan su carácter y sus predisposiciones. Vosotros sabéis, señores, que la pedagogía moderna pide en nuestro tiempo su concurso, no sólo á las ciencias morales, sino también á las antropológicas; busca luz y apoyo, no sólo en la psicología, sino también en la que hoy se llama, con dudosa propiedad, psicofísica, que, á mi sentir, no es otra cosa, aunque parezca lo contrario, que la confirmación del sano principio espiritualista, según el cual el alma es forma substancial del cuerpo humano, y el hombre un espíritu servido por órganos, cuyo funcionamiento no puede ser indiferente al estudio de las operaciones del alma. Vosotros conocéis cómo los registros y laboratorios antropológicos, al par de los trabajos sobre sugestión, herencia mórbida y psicológica, etc., son hoy llamados á contribución por los maestros de la ciencia pedagógica moderna, maestros que no he de citar, porque os son seguramente más familiares que á mí. Todo eso, á pesar del desequilibrio que, á mi sentir, tiende á introducir actualmente en la ciencia pedogógica, al desarrollar el estudio del organismo á expensas del principio espiritual que lo informa substancialmente, abre, no es posible dudarlo, nuevo campo á la investigación científica, y contribuirá, una vez restablecido el equilibrio, al progreso de la ciencia humana, y muy especialmente de la alta psicología.

Nada tenemos que temer, para las grandes verdades, del progreso de la ciencia verdadera, cualquiera que sea su campo de acción; nada podrá quebrantar la existencia axiomática de ese *yo* que permanece inmutable al través de las modificaciones, de esa misteriosa substancia permanente que habita nuestra carne sin ser carne, y en la que reside la conciencia del sér inteligente y libre.

Debemos, pues, utilizar los dictados de la ciencia en todo cuanto juzguemos aplicable á nuestro común propósito; y lo son, señores, las conclusiones de la ciencia antropólogica y de sus derivadas, al propósito que ha congregado á españoles y americanos en la serie de sesiones á que la presente pone término.

Y si la pedagogía no ha de considerarse sólo como una ciencia, sino también como el arte de la enseñanza integral; si no ha de ser sólo teoría, sino también práctica y experiencia, es indudable que el estudio y la consideración del hombre á que ha de aplicarse, de su origen, de sus tradiciones, de su carácter, es indispensable, y que la unión de españoles y americanos para el cambio recíproco de las conclusiones que les dicta la racional experiencia tiene que ser fructífera.

Hasta ayer no más, señores, la historia pedagógica de España y de América ha sido una sola; en todo el período colonial, y en el primer medio siglo de la vida independiente de los estados americanos, la tradición, los métodos, el espíritu españoles han informado el movimiento pedagógico en toda la familia hispánica de aquende y de allende el mar. En esto, como en todo, la metrópoli dió á sus colonias todo cuanto era dado exigirle, es decir, todo cuanto tenía; é ingratos seríamos los estados americanos, si, al tratar de educación, no recordáramos la que recibimos en herencia de la madre patria, cualquiera que haya sido nuestro acervo hereditario.

Hoy día, la ciencia pedagógica sufre, como antes lo he indicado, una transformación radical; españoles y americanos nos sentimos arrastrados hacia el nuevo rumbo.

Sea en buena hora, señores, sea en buena hora; pero no por eso podemos prescindir de lo que nos es característico, si es que no hemos de dejarnos llevar de empirismos, por más prestigiosos y deslumbrantes que ellos sean. La ciencia, señores, es también en sí misma una herencia constantemente acrecida; lo es, por consiguiente, la ciencia pedagógica.

Desde los sistemas clásicos de educación de Grecia y Roma, en que predominaba la educación física tendente á formar soldados robustos y ciudadanos aptos para los fines de aquellas sociedades; desde los tiempos griegos posteriores, (me refiero á los de Platón y Aristóteles) en que predominó el culto de la educación estética, que daba por resultado la formación del hombre hermoso casi divinizado; desde las épocas ascéticas de los padres de la Iglesia y de los jansenistas, que determinaron la reacción contra la divinidad pagana y sensualista de las formas; desde las escuelas utilitarias de Descartes y Locke, continuadas por los filósofos del siglo XVIII; desde el cultivo predominante del gusto literario clásico de los humanistas del renacimiento y de los insignes maestros de la Compañía de Jesús, hasta el predominio del espíritu científico que, desde Diderot hasta Herbert Spencer, ha adelantado en rápida progresión y dado carácter á la ciencia pedagógica contemporánea, todo es factor, todo es elemento de juicio, todo herencia del pasado que el presente analiza y transforma y adapta, como analizará, transformará y adaptará el porvenir lo que nosotros le leguemos, pese á la constante pretensión de las edades, que creen siempre haber pronunciado ó estar pronunciando la última palabra en materia de ciencia, y se califican á sí mismas de científicas por antonomasia con encantadora sencillez.

Pero en nada como en lo relativo al recto aprovechamiento de los progresos de la ciencia pedagógica debe examinarse la naturaleza del hombre que es objeto de ella; en nada pueden, y aun deben, por consiguiente, estar más unidos españoles y americanos.

Yo no creo, os lo confesaré francamente, en eso que ha dado en llamarse raza latina. Bien es verdad que existen pueblos que hablan lenguas derivadas del latín; no es menos cierto que ese común origen del verbo, que es forma musical del alma, constituye efectivamente un vínculo poderoso entre esos pueblos, y que dentro de ellos existen, en Europa y América, naciones en las que la lengua común castellana establece un vínculo indestructible, como lo constituye la lengua inglesa, entre las que la hablan: *english-speaking-folk*, dicen ellos, pueblo de lengua inglesa. Pero debemos convenir en que eso no determina una raza en el sentido étnico ó fisiológico, que es el que sirve de base á la clasificación científica de las razas hu-

manas: no existe, pues, en la esfera de la ciencia, una raza latina.

Pero si bien juzgo inconcusa esa verdad, yo creo firmemente que existe, no una raza, pero sí una gran nación, ó, si queréis, una gran familia hispánica, que, si no tiene como rasgos característicos, los antropológicos que distinguen y diferencian las distintas razas humanas, posee, en la comunidad de lengua, de religión, de costumbres, de tradiciones, de educación, un elemento de una influencia tal en la actividad funcional del organismo del hombre, que bien puede influir en este mismo modificándolo, y constituir esa fuerza, ó dinamismo, ó como queráis llamarle, que reduce una pluralidad originaria á una unidad sociológica, sin menoscabar la personalidad independiente de las unidades libres que componen la primera.

¿Qué importa, señores, al lado de ese nudo subconsciente que nos une, qué importa la ruptura de los vínculos políticos que nos unieron? ¿La recordamos acaso? ¿Se atraviesa por dicha esa idea en nuestro camino, cuando juntos recorremos el de la ciencia de nuestra común educación? Ciertamente que nó.

Y es porque las grandes y providenciales desmenbraciones políticas, que pudieron en un día trazar nuevas fronteras en el mundo hispánico distribuyéndolo en nuevos estados, no tuvieron ni podían tener la facultad de establecer separaciones en la sangre, entendiéndose por tal, no tanto la sangre material que ha sido llamada el medio ambiente interior del cuerpo, y forma su idiosincrasia ó temperamento, cuanto la sangre espiritual, ese medio ambiente social interno formado por la lengua, la religión, la educación, la común historia, las tradiciones comunes. En esto, señores, no se han trazado nuevas fronteras entre españoles y americanos; para ello hubiera sido necesario abrir surcos profundos en el corazón, y un surco en el corazón es la muerte.

La guerra de la independencia americana no fué, ni la considera hoy la historia, como una guerra entre naciones; fué una guerra civil dentro de un mismo pueblo; fué la ebullición de la misma sangre en las arterias del mismo árbol circulatorio.

Esa verdad, que hoy se nos impone como inconcusa, señores, y se nos ofrece como una aparición luminosa y amiga brotada de eso que he llamado, con más ó menos propiedad, la subconsciencia hispánica, esa verdad no hubiera polido ser recordada entre nosotros hace algún tiempo. Se consideraban los sucesos de la emancipación americana como si fueran los episodios de una guerra nacional entre pueblos de tradiciones enemigas y de antagónicos destinos; caldeaban la atmósfera las palabras incendiadas como teas, los mutuos cargos, los rencores apasionados que envenenaban la historia, y cuya misma intensidad revela muy á menudo el carácter civil de la lucha; la resonancia de recientes batallas atronaba aún los oídos, oscurecía la visión, derramaba noche en las cabezas.

Nos estaba anocheciendo en la aurora, señores, en la nueva aurora de la gran familia ibérica. Las verdades viejas, como dice un gran pensador, yacían por tierra casi mudas, y las nuevas estaban ocultas sin atreverse á hablar.

Ha vuelto á salir el sol en nuestra historia, y vemos que nuestros pasados disturbios, si bien nos lo habían ocultado, no lo habían detenido en su marcha hacia el cenit: está más alto, y á su luz vemos más claro: vemos, con el mismo pensador, que la destrucción de las antiguas formas no es la destrucción de las eternas substancias.

No era cierto, hoy lo advertimos con toda precisión, no era cierto que España hubiese sido en el mundo al que dió todo cuanto tenía, desde su civilización cristiana hasta su sangre y gran parte de su porvenir, una madre indigna de amor; hoy los americanos le damos aún ese nombre, que vibra como una bendición en nuestros labios, porque comprendemos que si España no hubiera derramado su savia en América; si la hubiera concentrado en sí misma, hoy sería más de lo que es. No era cierto tampoco, ¿verdad, señores? no era cierto que nuestros próceres americanos fueron sólo insurrectos desnaturalizados; mirad esas banderas que ellos nos legaron; miradlas cómo, agrupadas ahí por vuestras propias manos, se estrechan y confunden sus colores en el regazo de vuestra gloriosa bicolor bandera, para formar el iris simbólico de nuestra perdurable reconciliación doméstica.

Era, señores, que había sonado un hora grande, la hora de la Providencia; era que los frutos maduros tenían que desprenderse, aun desgarrando tejidos y derramando preciosa savia, del árbol secular que le había dado vida, y, con la vida, la potencia generadora de nuevos séres de su especie; era que el ave sentía suficiente vigor en las alas, para ir á repetir, fuera del nido, los cantos aprendidos en él; era que en la sangre española, esparcida por todo un inmenso continente, hervía el misterio de la universal germinación, que desgarra entrañas, agrieta rocas, y hace rodar aludes desde las cumbres; era, señores, la aurora, era la primavera, en que estallan los estambres y las yemas, se desalojan los nidos, circula atropellada la savia fecundadora, y aparecen nuevos astros en el cielo, y nuevas flores y nuevos séres vivos en la tierra estremecida.

Se oyen entonces en la naturaleza los gritos de los pájaros que, al parecer, se persiguen y se hieren en los aires. Y no se persiguen, señores; es que se atraen; no se hieren; es que se besan y se fecundan. Eso eran aquellos gritos de guerra que estremecieron el continente americano al nacer de nuestro siglo; eso aquellos choques formidables entre legiones que, en la igualdad de su heroísmo, demostraban la identidad de su origen heroico: eran los besos de la gloria impresos sobre la frente de nuestra raza, al hacerla, una vez más, la madre gloriosa de nuevos pueblos soberanos.

Hablemos, hoy, señores, de todo eso, como de una página de nuestro común romancero heroico; sentémonos en torno del hogar, á recordar nuestras glorias, como se sentaban los héroes de Ossián, en torno de los abrasados troncos de la encina salvaje que ardían al soplo del viento, á deleitar con sus cantos las sombras tutelares de los caídos en la lucha, que se asomaban al borde de sus nubes á escuchar el melodioso relato de los bardos.

Pero ellos narraban sólo la destrucción y la guerra; ellos trans-

mitían á sus hijos la lanza de Fingal, el escudo resonante de Cuchulin, y les enseñaban las piedras cubiertas de musgo que marcaban el sitio en que descansaban los solos virtuosos: los guerreros valientes, los leñadores, los desbravadores de selvas. Era la tradición escandinava, la religión norsa, que, como todas las mitologías primitivas, divinizaba el valor salvaje. En ella, los ángeles tutelares eran aquellas valkiries, aquellas vírgenes escogedoras de muertos en el campo de batalla de Odino, la divinidad implacable. Era para ellos la mayor de las miserias el no morir matando en el campo de batalla. Cuando creían próxima la muerte natural, se causaban heridas en la propia carne, para presentarse ensangrentados ante Odino; cuando los reyes ancianos se creían cercanos á su fin, se encerraban en una nave que ardía á fuego lento, y era lanzada al mar á toda vela, para que sepultase al héroe anciano en tumba digna de su valor: el mar y el firmamento.

Eso narraban los bardos gaélicos al son de sus arpas, sentados en torno del hogar.

Nosotros también, señores, los hombres de la familia hispánica, nos sentamos juntos, después de la lucha, en estos congresos, en torno del hogar; también nosotros debemos transmitir algo á nuestros hijos, á toda la familia hispánica: tipos, ejemplos, sanciones, esperanzas, armas para la lucha; también debemos inocular en nuestra gran familia el deber que, hoy como en los tiempos de Ossián, es el deber supremo del hombre: el deber de ser valiente, de ser heroico, si es preciso. Pero el valor salvaje, que era todo en la mitología norsa del implacable Odino, es muy secundario en la religión del Divino Libertador del mundo, que, lejos de morir matando, redimió á la humanidad muriendo. Sí, es preciso que nuestra raza sea valiente; valor es fuerza, *vir*, virtud. Es preciso avanzar, marchar hacia adelante, dominar las fuerzas brutas de la naturaleza, vencer al enemigo que está fuera de nosotros, con la ciencia, con el trabajo; pero es menester, ante todo, domar al enemigo que está dentro de nosotros, la pereza, la sensualidad, el egoísmo, la debilidad de carácter, la falta de fe en el propio esfuerzo, domarlo con la fuerza del alma, con la virtud. Hay algo más grande que abnegarse ó sacrificarse: es el dominarse, el poseerse. Hay algo más noble que realizar grandes acciones resonantes: es el realizar buenas acciones ignoradas. Eso es ser valiente según el concepto cristiano; eso es lo que transmitiremos á nuestros hijos en nuestras escuelas, con la eficacia de los más perfectos recursos de la ciencia pedagógica. Eso, restituyendo á nuestra gran familia hispánica la mente sana en cuerpo sano, hará resplandecer para ella, con el supremo auxilio de Dios, aquellos tiempos en que, paseando por la redondez de la tierra por primera vez el estandarte de la Cruz y el de Castilla, demostró que nuestra raza tiene las condiciones necesarias para realizar grandes empresas, y para ser, como ninguna otra, la protagonista del mundo.

EL IDEALISMO HISPÁNICO

Discurso pronunciado en el Teatro Real de Madrid, en la fiesta que se celebró en favor del "Dispensario Alfonso XIII" bajo el patronato del rey de España.

SUMARIO: Una limosna del Uruguay.—El espíritu de caridad.—La intención actual y la virtual.—Las fiestas paganas y las cristianas.—El anfiteatro Flavio.—El idealismo.—¿Es un defecto de la raza?—El idealismo español descubrió América.—La empresa de Colón.—La locura de Colón y la de España.—Evocación de Isabel, la mujer reina.—Su aparición.—El héroe y el pueblo en que arraiga.—Los ideales que se van.—El ideal es la sola realidad.—Conservación de los grandes ideales en el fondo del alma hispánica.

Señoras:

Señores:

Cuando la comisión de caballeros constituída para la fundación en Madrid de un dispensario para niños pobres bajo el patronato y con el nombre de S. M. don Alfonso XIII, el rey niño, me hizo el honor de acordarse de mí invitándome á tomar parte en este festival de caridad, mi primer movimiento, debo confesároslo, fué el de declinar agradecido la invitación, con ser tan amable y tan honrosa.

Y no era para menos, señores. Se me ofrecía, como tribuna, el proscenio de este Teatro Real, de nombre resonante en el mundo del arte cuyas reputaciones consagra; como compañeros, á los príncipes de la elocuencia y de la poesía españolas, cuyo solo nombre es victoria; como auditorio, en fin, al que tal propósito, tales compañeros y tal teatro tenían que congregar, y han congregado efectivamente esta noche, ofreciendo á mis ojos el espectáculo suntuoso de vuestra presencia, señores; el de la vuestra muy especialmente, señoras, que constituís el principal esplendor de esta fiesta espiritual, y tenéis el derecho de determinar el carácter de mi auditorio, y, por consiguiente, el de exigirme que llene vuestros corazones sólo de palabras y de ideas melodiosas.